VIII.

—Que pausado camina el sol, Clara mia!

—Y cómo es, interrumpió inusitadamente Clara, que teniendo tal aversion á los franceses, has aceptado la invitacion para el próximo baile?

—Ese es mi secreto, respondió Luz.

La infeliz tenia rubor de confesar lo que pasaba en lo interior de su familia.

Aquella ambicion de sus padres, aquel deseo de estar bien con aquella malhadada administracion.

Las súplicas, los ruegos, y despues las amenazas que habian empleado para obligarla á concurrir al teatro.

Le habian dicho, que de no presentarse en el baile, les tendrian por desafectos.

Le pintaban los horrores que los franceses habian hecho en España, con los que juzgaban sus enemigos.

Asustada la jóven, y temiendo provocar la cólera de los invasores contra sus padres, habia consentido, creyendo que en nada comprometia su amor, aunque sus sentimientos sufriesen una cruel humillacion.

Luz estaba segura de convencer á Eduardo.

Cuando se tiene el corazon limpio, las acciones externas nadan dicen.

Luz se avergonzaba de una conducta tan poco adecuada á sus ideas, pero en su posicion nada podia remediar.

Se habia propuesto permanecer en abstencion, para no dar ni el mas lejano motivo de crítica.

Así la hemos visto ir en pos de su querida Clara, para tener una compañera de conversacion.

El amor propio natural al sexo débil, hacia que se presentase con lujo, así su desden seria mas apreciado.

IX.

Daban la seis de la tarde cuando las dos amigas volvian á entrar en el coche, y se dirigian al Paseo de Bucareli.

La tarde era espléndida, los últimos rayos del sol enrojecian los grupos de las nubes, con unos tonos de luz inimitables.

A la derecha del paseo, y á los confines de un prado verde esmeralda se levanta el cerro de Chapultepec entre un bosque de sabinos antidiluvianos.

A sus pies se agitan blandamente las aguas purísimas de sus albercas, donde se deslizan multitud de peces de colores.

En las tardes parece que aquellas linfas azules y trasparentes, se quedan dormidas al rumor del bosque y al canto del aire entre los ahuehuetes.

En la cumbre de esa colina, cubierta de arbustos y de flores, se levanta el palacio tradicional sobre los cimientos del alcázar de Moctezuma.

Mas adelante, y en el suave declive de las lomas, se estiende la pintoresca ciudad de los Mártires de Tacubaya.

En la prolongacion de la calzada de Bucareli, y llegando á la garita, comienza el camino que conduce al pueblo de la Piedad.

El paseo tiene algunas fuentes arruinadas, resto del lujo de la corte vireinal.

El paseo de Bucareli es concurridísimo; casi todos los carruajes de México acuden á aquel pintoresco lugar.

Los ginetes marchan por el centro de la calzada.

Los coches se apoderan de las vias laterales.

Los paseantes de á pié se posesionan de las glorietas ó de los troncos de los árboles mas frondosos.

Clara y Luz habian hecho adelantar su carruaje al rumbo de la Piedad para evitar esa tormenta de polvo que levantaban los ginetes franceses al atravesar á escape la calzada.

X.

—No te habia contado, dijo Luz á su amiga, que tenemos dos alojados.

—¿Franceses? preguntó Clara.

—Precisamente, querida mia, un gefe del 99 y un capitan del Estado Mayor del general Forey.

—¿Y son personas de educacion?

—Aun no les conozco, se les han dado unas piezas retiradas de las que habitamos, y ellos comen en Iturbide, así es que no tengo motivo de trá-

tarles; nos hemos saludado dos ocasiones, ya tú sabes lo poco simpáticos que son para mí los franceses.

—Con semejantes huéspedes, observó Clara, estarás continuamente de invitacion.

—Puede ser, pero he prometido no asistir á ninguna tertulia, y ménos en su compañía.

—Estás recalcitrante.

—Sí, mucho, yo no puedo transijir, y como tú tienes mis ideas, me darás la razon, no es verdad?

—Seguramente, repuso Clara distraida.

—Esos oficiales, continuó Luz, parecen jóvenes distinguidos, no molestan en la menor cosa, y son sumamente atentos. Esta mañana han dejado dos ramos sobre la mesa con sus tarjetas.

—Supongo que esto no lo contarás al coronel.

—Te engañas, yo le pongo al tanto de lo que pasa, no quiero que sepa lo que ocurre por otros lábios que no sean los mios, lo demas seria altamente sospechoso.

—Sabes, dijo Clara, que te hallo muy diplomática?

—No mientes, dijo trágicamente, esa palabra es mi castigo, mi pesadilla. Por mucho que ame uno á sus padres, conoce los defectos de que adolecen; desgraciadamente el mio la ha tomado por la diplomacia, y como yo lo amo con exajeracion, me puede el que se sonrian cuando él habla. Hay veces que estoy no solo molesta, sino exasperada.

XI.

La conversacion se vino á interrumpir por dos ginetes, que á la carrera habian conocido el carruaje de las jóvenes, por haberlas visto en la mañana en él, sin que ellas lo hubieran reparado.

Al llegar al coche detuvieron sus caballos árabes.

—Señoritas, buenas tardes, dijo el comandante del 99 tendiéndole la mano á Luz, que apenas la tocó por galanteria.

Clara, al reconocer al oficial de la víspera, que tanto la habia impresionado, se dejó caer en el fondo del carruaje, disimulando su emocion.

El oficial de Estado Mayor se llegó á la portezuela del lado opuesto y saludó cortesmente á las señoras.

Luz entonces, dirigiéndose á los oficiales, les dijo, presentándole á su amiga:

—La Srita. Clara Rodriguez; y luego volviéndose á Clara:

—El caballero Luis Demuriez, comandante del 99.

—El caballero Alfredo Hugues, capitan de Estado Mayor.

—Perdonen ustedes si hemos interrumpido su paseo; pero personas que reciben distinciones y una generosa hospitalidad, están obligadas á corresponder á sus huéspedes, haciéndoles en todas partes presente su reconocimiento.

—Gracias, caballero, respondió Luz inclinando la cabeza.

—La señorita es la amiga de distincion?

—Sí, caballero, volvió á responder Luz.

Clara contestó con una sonrisa.

—Siempre, continuó el comandante, hay una alma que nos comprende, y mas cuando está revestida de ángel.

Un temblor interior comenzaba á agitar á aquella infeliz criatura.

Los ángeles se hermanan en la tierra.

—Gracias, caballero, dijo Luz, evitando que la conversacion se entablara.

El capitan permaneció mudo, contemplando la interesante fisonomía de Luz.

El comandante elogió á México, á las mexicanas, al temperamento, á los pájaros, á los árboles, pero no pudo establecer la conversacion á pesar de inauditos esfuerzos.

—Continuemos, dijo el capitan, que las señoritas desearán aprovechar los momentos de luz que aun les quedan.

Saludaron á las jóvenes y se retiraron á toda carrera.

—Qué hermosa es mi desconocida! dijo Demuriez.

—Qué bella es Luz! esclamó Alberto.

Y volvieron simultáneamente la cabeza hácia el carruaje que se alejaba en sentido contrario.

XII.

—Has conocido á mis alojados, dijo Luz, riéndose al ver la seriedad de su amiga.

—Son galantes; pero tú les has atajado la palabra de una manera vivísima.

—Me fastidian horriblemente.

—El capitan no te quitaba la vista.

—Pues yo no se la pondré jamas.

—El comandante tiene mejor figura, no es cierto?

—Yo no he reparado, contestó Luz, á mí todos me parecen iguales.

Clara guardó silencio sobre la casualidad de haber encontrado al hombre que tan profundamente la habia emocionado.

Comprendió, que revelarle á Luz el secreto, era alejarse de aquel á quien amaba violentamente.

Por la primera vez ocultaba un secreto á la mas fiel de sus amigas.

Sin embargo, se proponia sostenerse hasta el último trance.

El principio no era muy adecuado al fin propuesto.

La lucha comenzaba en aquel momento con una desesperacion horrible.

En esas crísis del orgullo y el corazon, en esos combates del alma con sus sentimientos, el sudor de la fatiga es de sangre.

¡Pobre corazon humano, azotado siempre por el vendabal de las contrariedades!

XIII.

La noche comenzaba á caer, cuando el coche entraba en la casa de don Alberto Rodriguez.

Clara y Luz se pusieron á la ventana.

Dieron las siete de la noche.

—Falta una hora, dijo Clara.

—Esto es eterno, respondió Luz.

—Has esperado todo el dia, pero no te exasperes, el galan estará puntual á la cita.

Mientras Luz consultaba el reloj cada minuto, el coronel Eduardo se ocultaba en uno de los arcos del acueducto, y á la luz de su tabaco veia el reloj continuamente.

Mientras que los amantes uno frente del otro, divididos por las sombras esperaban el toque de las ocho, un desgraciado arriero habia entablado reyerta con los franceses de la garita.

Los franceses siempre tienen razon, así es que á pesar de la justicia que debia tener el arriero, aunque no sabemos de que se trataba, comenzaron á darle una zurribanda de palos que ya le mataban.

El sargento determinó que lo llevaran á la Plaza francesa por sospechoso.

Efectivamente, el arriero marchó en cuerpo de patrulla.

Al pasar junto á la ventana de Luz, la gente decia, ¡pobre guerrillero! mañana lo fusilan!

El corazon de Luz se oprimió dolorosamente, creyó ver entre las tinieblas de la calle á Eduardo.

—Seguramente es él, dijo llorando á Clara, que estaba poseida de terror.

—Lo habia dicho, esclamó la jóven, ha sido una imprudencia venir á México ¡Dios mio! ¡cómo sabremos la verdad!

El coronel se acercó temblando á la ventana y dijo con voz apagada:

—¡Luz!

La pobre niña dió un grito de alegria.

Clara salió personalmente á recibirle, lo introdujo en la glorieta del jardin, y despues de haber abrazado al guerrillero, le dejó solo con su novia, y se sentó á la puerta de aquella gruta á entregarse á la tristeza de sus pensamientos.

XIV.

Daban las ocho en aquel momento en el reloj de San Cosme.

La noche era oscura, las estrellas brillaban en el fondo del cielo, atravesado á menudo por exhalaciones.

Un ambiente tibio jugaba con el aroma de los jazmines y los floripondios.

La naturaleza dormia en un letargo de estrellas y perfumes.

Luz estaba reclinada sobre el hombro del guerrillero.

Eduardo, despues de un momento de contemplacion, dijo á la jóven:

—Te vuelvo á ver, no es ilusion, el ángel de tu cariño me trae á tu lado, tu aliento resbala sobre mi semblante como una aura de los cielos. Yo le debo la vida á tus oraciones, tu espíritu va conmigo, como el ángel del primer cariño.

—¡Te amo! ¡te amo! repetia la jóven, yo no sé vivir sin tí, mi existencia está sola sin el fuego de tus miradas; óyeme, estas lágrimas que ahogan mis palabras, son tuyas nada mas.... ellas llegarán evaporadas hasta tí que eres mi amor.

—Luz, tú me enloqueces, tu amor me hace muy desgraciado; porque me identifica contigo, y la ausencia es la agonía.... Sí, Luz, vagar solo por el mundo, temiendo que la muerte nos arrebate para siempre del objeto á quien adoramos; porque yo tengo que confesarte lo que no querria que supieses.... sí, cuando estoy en el combate tengo miedo, miedo horrible á entrar en la tumba!.... morir léjos de tí, sin verte en la agonía, sin darte un último adios y consagrarte la postrera lágrima!.....

—¡Calla por Dios! gritó Luz, no me hables así! y sus lágrimas bañaban aquel semblante de querubin.

—Te acordarás de mí? preguntó con voz ronca el guerrillero.

—Te seguiria á la tumba! esclamó Luz, estrechando la ruda mano del soldado. Cuando se ama como yo te amo, está en el cáliz del alma todo el amor de la constancia. Eduardo, tú no comprendes aún el corazon de una mujer. Este es un cariño inmenso, que solo podria arrancarlo el aliento de Dios!

La faz sombria del guerrillero se oscurecia mas y mas, como el océano al azote de los huracanes.

—Estoy proscrito, continuó con voz terrible, perseguido, amenazado de muerte, no puedo vivir entre los hombres.... yo soy hijo del desierto, estoy condenado á matar para vivir, y yo no quiero presentarte una mano ensangrentada.... Me obligan.... está bien!.... Me arrancan el corazon! me separan de mi madre á quien dejo abandonada en las orillas del sepulcro, me separan de la mujer á quien amo! Yo me vengaré de mis enemigos! seré el azote de la montaña!....

Luz estaba aterrorizada.

—No, dijo apartando el cabello de la sombria frente del coronel, yo te amo porque tú eres bueno, tú no derramarás la sangre de tus semejantes.... Cuando algun desgraciado se arrodille á pedir el perdon, acuérdate de mí, yo tambien estoy de hinojos á tus pies suplicándote por su existencia!

—Siempre ella! murmuró el guerrillero, siempre ella! y besó las manos de Luz con efusion tiernísima.

—La influencia de mi amor está sobre todo tu ser ¿no es verdad?

—Sí, dijo suspirando aquel hombre, que terrible en los encuentros y combates, cedia á la voz de la mujer amada.

—Entre el valor y la desesperacion sanguinaria hay un abismo, continuó Luz, sobreponiéndose mas y mas; tú debes combatir, vencer, pero nunca asesinar, ¿no es cierto?

—Sí, Luz, tu aliento disipa los vapores de venganza que están sobre

mi corazon. Yo tengo fé en tus palabras, que son el evangelio de mi espíritu; y te obedezco impulsado por una fuerza irresistible.

—Es que me amas y que mi alma se refleja en la tuya como el sol en el espejo de los mares, esclamó Luz bañando con su aliento la faz del guerrillero é influenciándolo con una mirada ardiente que se escapaba de sus ojos dulcemente entreabiertos.

Eduardo estaba frente á su destino.

Hay amores que arrastran la existencia entera!

Las nubes se habian condensado pausadamente en el horizonte y aparecia una de esas tempestades repentinas que se levantan en el verano.

Los relámpagos se succedian con violencia y la lluvia comenzaba á desprenderse en fuertes goterones que hacian estremecer las azucenas y temblar los agapandos.

Clara entró en la glorieta acosada por la lluvia.

—Tome usted, coronel, le dijo á Eduardo, es un ramo de flores de la noche; y le presentó un sencillo ramillete de madreselva, pensamientos y heliotropos.

—Estas flores, continuó Clara, forman la parte sensitiva de las otras, parece que sufren y las importuna el dia, viven entre la sombra, como un corazon sin esperanzas, como el alma en el silencio de sus contemplaciones.

El ruido de un carruaje se aproximaba.

—Mi padre llega, dijo Clara, y estrechando por última vez á Eduardo, se salió de la glorieta, para dejar á los amantes en libertad de decirse *adios*.

Sonó un beso entre las sombras de la gruta, acompañado de un suspiro tristísimo.

Un bulto se deslizó entre la oscuridad de la noche y atravesó rápidamente el sendero del jardin.

XV.

A pocos momentos un ginete con toda la fuerza de su caballo, recorria la calzada que sale á la garita de San Cosme y llegó á las puertas de la ciudad.

Dióle el "alto" el centinela frances.

El ginete corrió las espuelas por los hijares de su corcel, y lanzándose sobre el centinela, lo arrolló en su empuje y siguió en la velocidad de la carrera.

Levantóse violentamente el soldado y disparó sin ver á quién se dirijia.

La guardia acudió con sus armas é hizo dos disparos, por si la casualidad hacia caer al guerrillero.

Unos ginetes que estaban á corta distancia se precipitaron al camino.

En ese momento una voz conocida les gritó "aquí voy."

Los ginetes volvieron grupas y se perdieron en el silencio de la noche.

CAPITULO DECIMO.

EL BAILE.

I.

El 29 de Junio de 863, es decir, á los veinte dias de la ocupacion de México por la revolucion intervencionista, la oficialidad francesa daba un baile á la sociedad conservadora.

En el tocador de la señora Fajardo se encuentra el diplomático vestido á la rigurosa moda que reinaba en el año de gracia de 1830.

La casaca que habia mandado ensanchar al sastre á quien alquilaba la accesoria perteneciente á su casa, era su caballo de batalla.

La casaca era azul, con palmas de oro y lentejuela en el cuello, puños y cintura, teniendo bordados unos carcajes en los remates de los faldones. Botones de águila y vivos de oro. Por el costado izquierdo salia un pedazo de cuero blanco, llamado *vericú*, donde el diplomático habia colocado un espadin de puño de concha y vaina de metal amarillo.

Su pantalon era blanco con franja de oro.

El señor de Fajardo no habia introducido innovacion alguna en el corte de su ropa, así es que la casaca era rabona, el calzon muy ancho y zancon en estremo, y la bota de charol.

La camisa era primorosamente cosida, podria rivalizar con una de esas servilletas de los conventos de monjas.